



ISIDRO FABELA, CABALLERO DE LA FE

DR. ISO BRANTE SCHWEIDE
(periodista y escritor argentino)

...de la buena fe, por supuesto, de la fe que entre cielo y tierra mueve y conmueve a la Humanidad ávida de paz y justicia; de la fe que alienta el amor al prójimo y mantiene viva la llama de la seguridad, de la confianza, de los valores que dan sentido a la vida y a la muerte. Esta es la fe que inspiran los actos públicos y privados de don Isidro Fabela, en una época en que el mundo convulsionado está desgarrándose por falta de fe; en que la especie humana defraudada por gobernantes demagogos, engañada por falsos apóstoles, explotada por tartufos profesionales, ultrajada por farsantes llamados “revolucionarios” de aquende y allende los mares, degradada por maestros sin ética y sin carácter, tiende los brazos implorantes hacia un ánora de salvación, dentro o fuera de la fe escolástica. Aunque la fe, no importa su categoría profana o religiosa, ha de tener un origen divino, un objetivo real, desde el momento, afirma Goethe, que tan efectiva resulta en la práctica.

Sin esa lámpara votiva depositada en el santuario de la fe en algo o en alguien, se acabaría todo lo que es digno de ser humano. El conflicto entre la fe y la incredulidad, es, al parecer del genio de Weimar, el tema más profundo y más dramático de la historia humana. Todas las épocas, añade, en las cuales impera la fe, no importa bajo cual apariencia, son brillantes, elevadas y fecundas para los contemporáneos y la posteridad. En cambio, las épocas minadas por la incredulidad, se sostienen apenas con engañosas y efímeras victorias, ya que nadie quiere entregar su conciencia a lo infructuoso. Análoga tesis hallamos en Ortega y Gasset, asíduo lector de Goethe, para quien la vida humana está montada sobre un repertorio de creencias, y cuando la creencia, que es fe,

firmeramente arraigada comienza a vacilar, es cuando la vida se derrumba. Isidro Fabela, gran animador de la vida mexicana, símbolo viviente de fe activa y portador de mensajes optimistas, es por consiguiente, un gran sembrador de fe en el porvenir y la grandeza de su pueblo.

Esa índole de la *natura fabeliana* no es de fecha reciente adquirida con la madurez. No. Su carácter humano, que es lo que más cuenta, bien vale, claro está, un homenaje cincuentenario y mucho más que cualquier homenaje, preparado con o sin miras vanidosas. No nos ocupamos de su magna personalidad, ya perteneciente un poco a todos sus contemporáneos, en el afán de satisfacer una conveniencia circunscripta a una celebración fortuita, ligada a una fecha y entroncada en un vaivén político, o por "estar a tono con la moda" desde que el aún candidato a la Presidencia, licenciado don Adolfo López Mateos, quiso significar con su voto que el más indicado para ocupar la Primera Magistratura del país sería don Isidro Fabela, señalando así la trascendencia patriótica de su gran conterráneo. No son estos motivos oportunistas que nos mueven a decir en voz alta lo que silenciosamente pensamos de él, los que seguimos sus pasos gallardos, desde hace muchos años, el retrato moral de Isidro Fabela es siempre el mismo, con la diferencia que cuanto más tiempo pasa, más gigante nos aparece en el espacio. Así lo conocimos ya en 1918, cuando don Venustiano lo envió a Buenos Aires en una misión delicada ante el Presidente argentino don Hipólito Irigoyen. Ya entonces lo vimos "recto como un rayo de luz, y como él vibrante y cálido". El signo de la fe es característica peculiar de su personalidad.

Hace justamente cinco años, después de oír su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua, glosábamos al acontecimiento académico en esta forma:

"Más que un discurso reglamentario y formal fue una profesión de fe, de esa virtud animada de llama sagrada que no se apaga ni se opaca. Porque la fe política en el triunfo de la democracia social; la fe en la lucha por la redención humana, fe y sed de justicia; la fe llena de gracia cifrada en los valores trascendentes de la vida, son características peculiares que distinguen a don Isidro: hombre consecuente de carácter y de acción, ejemplo vivo para la juventud ávida de maestros no claudicantes. Por eso vibró elocuente y sonora su oración cervantina, líricamente concebida no so-

bre la sutil trama del estilo y la forma ingeniosa del Quijote, sino sobre lo que Cervantes tuvo de humano y divino en el dolor, en el infortunio, en el cautiverio, en la miseria desgarradora de su heroica existencia, posteriormente sublimada.

*Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
lo que en mi triste canto se reparte,*

rimaba elegíacamente el genio de las letras castellanas.

Hombres y mujeres de todas las clases sociales acudieron al acto académico para recibir el nuevo mensaje del hombre que dentro y fuera de la patria tiene siempre algo que decir, y su palabra fue acogida con entusiasmo. Porque habló, como siempre con grandeza de ánimo, con espíritu elevado, con amor a la verdad. Habló sin afectación, con el corazón pegado “al pecho melancólico y mohino” del manco de Lepanto. Habló con su acostumbrada dignidad natural fundada en la honradez, que inspira amistad, fe y confianza”.

EL MICRO-MUNDO DE DON ISIDRO

‘Antropoy mikroy Kosmoy’.—Los seres humanos, nos enseña Demócrito de Abdera, el gran buscador de nuestro origen, son pequeños mundos, mundos minúsculos, mundos de por sí. Y que pasiva o activamente cada ser humano, a su manera, forja, teje, maneja la esfera de su propio mundo. ¿Cuál es, pues, el mundo de don Isidro, mundo o panorama mundial, como solía decir Alberto Einstein? Don Isidro mismo nos revela su creencia “en el destino fatal de las cosas, mas no en la buena o mala suerte del hombre como única causa de su destino”. ¿Nos recomienda con ello orar y con el mazo dar, como recetaba Miguel de Unamuno? ¿O es fatalista como lo siguen siendo ciertos pueblos orientales, resignados creyentes en el destino fijado en las estrellas regidoras del mundo de los terrícolas? La trayectoria política de nuestro celebrado amigo demuestra claramente cómo sus múltiples actividades son partes integrantes de un mundo más o menos concientemente labrado, un mundo asombroso que sólo a grandes rasgos conocemos, sea porque ni el Estado que custodia parte de sus actos secretos y confiden-

ciales, ni sus amigos más allegados, ni don Isidro mismo nos han abierto ampliamente las ventanas de su mundo. Poco a poco va presentándonos, aspectos de cosas y personas inherentes a su vida y esenciales a la historia mexicana, como lo acaba de hacer magistralmente con su obra "Pueblecito mío", retrato sublimado de su querida Atlacomulco. En sus páginas, frescas y lozanas, descorre hasta cierto punto la cortina de su intimidad, dejándonos contemplar nuevos rasgos de su ser y de su estar.

En ellas habla de sus "encendidas pasiones de hijo, de hombre, de patriota, de artista y de ciudadano del mundo". "Yo amo la vida, exclama eudemonísticamente, como a Dios". Cree en "Dios amor y Dios artista". ¿Es panteísta don Isidro? Librenos la tentación de encasillarlo en una escuela filosófica, a menos que no sea la ética. Pero cuando lo vemos entrar emocionado en el mundo ideal de su Atlacomulco denominada ya oficialmente "Atlacomulco de Fabela", en donde embelesado ausculta la plácida caída de las gotas de lluvia, el murmullo de las hojas de árbol movido por el aire, el canto optimista de las aves al despuntar el sol, como si fueran caricias para su oído, néctar para sus ojos, incienso para su alma; con cuánto encanto describe la naturaleza de su patria, divinizándola, dialogando religiosamente con cada flor de su solar nativo, se nos antoja hallar cierta identidad con la fórmula *Deus sive natura* de Baruch Espinoza, la fórmula equivalencial de Dios y Naturaleza. Ahí nace, por lo visto, su Dios y su patriotismo, relacionados entre sí, entre Dios-Patria y Naturaleza.

El patrio amor, regado con sangre por toda la historia contemporánea, es distinto a los otros amores. Porque éste se nos entrega en cualquiera de sus manifestaciones y nos pertenece en su totalidad. La patria nos da todo lo que posee y se nos presenta así como es o como nos la imaginamos, tanto en días de sol resplandeciente como en la obscuridad de las noches sepulcrales. Por eso preferimos morir antes que perderla. Estamos indisolublemente ligados a ella. Y aunque el patrio amor sea común a toda persona bien nacida, pocos son los escogidos en aptitud de desarrollarlo plenamente. La patria se ama de cerca y de lejos, más el que suele alejarse de ella para vivir en otras latitudes geográficas y tratar a otra gente muy distinta de la suya, ese ser, picado de nostálgicas pesadillas, es el que más hondamente se siente atado al ombligo de su tierra, que el que nunca tuvo la oportunidad de separarse de ella.

*Plus j'ai vu l'étranger, plus j'aime ma patrie,
plus j'ai connu le monde, et plus je l'ai chéri.*

Otra característica fabeliana es la sensibilidad hacia los cuerpos inanimados, hacia la flora y fauna, que para él no son meras composiciones físico-químicas. Todo mal trato humano al mundo vegetal y al mundo animal lo subleva. La caída de un árbol vivo o el asesinato de un toro inocente, so pretexto de la “fiesta brava”, lo entristece, adora la vida, hasta la de los cuerpos inanimados. Cada vez que pisa el umbral de la casa paterna, en donde pasó su infancia, entabla diálogos con todo lo que encuentra a su paso: muebles, cortinas, ventanas, enseres domésticos, viven y vibran como recuerdos del pasado. Ahí siente resonar todavía, como antaño, las voces de los padres; ahí vuelve a captar las melodías producidas en el Steinway por la gracia musical de la autora de sus días. Nada de lo que está en derredor pasa desapercibido a su propia vida, que él llama “dádiva divina de mi existencia”. Su vida sensitiva es intensa. Así como se estremece ante el dolor del prójimo así tiembla de horror ante los ayes de las espinas “que hicieron sangrar la frente del Señor del Huerto”, sacro nombre del Santuario de Atlacomulco, en donde habrá hecho su primera peregrinación. Asimismo don Isidro siente en su propia carne “el martirio de los clavos que se hundieron en las manos y en los pies” del Divino Judio de Nazareth.

En constante vivencia con la fe del creyente pueblo mexicano (creyente cristiano con supervivencias atávicas, física y metafísicamente hambriente desde hace siglos, don Isidro es, desde su nacimiento, católico creyente y observante. Y no por convencionalismo social o por costumbre, sino por estar dotado de un *anima naturaliter christiana*, y ligado a lo que México encierra de guadalupanamente revolucionario. ¿Cómo concebir a don Isidro de la mística tierra atacomulqueña, sorjuanamente irrigada, sin ese estado de gracia, de plenitud espiritual de esa misma llama fulgurante de la Creación que él glorifica en sus escritos? Es católico no sólo por nacimiento, por tradición familiar, por la contribución eclesiástica a la Independencia nacional, por gracia divina tomisticamente entendida, sino también porque conociendo la evolución histórica de nuestra cultura, sabe que la Antigüedad pagana de Grecia y Roma,

de Grecia sobre todo, con su poder y su saber maravilloso desembocó dramáticamente en la iglesia cristiana, que incorporó en su empresa redentora la sabiduría de dichas culturas para sobrevivir, afirmarse *seculo seculorum*, y convertirse al mismo tiempo, en anillo de conjunción de un presente ya dos veces milenario con el pasado remoto de olímpica belleza y socrático esplendor.

La necesidad de creer apostólicamente y de ser creído es típico en don Isidro. Su ideología política, su literatura, su jurisprudencia, toda su mexicanidad son expresiones y vehementes de un apostolado con proporciones ecuménicas. Su mundo pensante está tejido de amores: amor a su terruño, amor a los padres, amor a Dios, amor a la Naturaleza, amor al arte, amor al estudio, amor a Cervantes, amor a su Josefina, amor a su hijo Daniel, y por encima de todos los amores parecería flotar triunfalmente el amor a la patria, patria terrenal y patria celestial, que es el amor de sus amores, amor constante, leal, inmutable.

* * *

Un capítulo aparte merecería su producción epistolar, sus cartas, esos signos prodigiosos de un diálogo silenciosamente entablado entre dos corazones afines que reciben y devuelven los afectos almacenados en la intimidad. Son joyas de alto valor, dignas de figurar entre la literatura clásica humanista. Nos referiremos sólo a dos de ellas, recientemente aparecidas en su libro ya citado. Una, escrita en el 38º aniversario de su matrimonio, "Para ti amor mío", que es un collar de besos presentados a su mujer congenial sobre un gigantesco pedestal de rosas que tocan la cumbre de felicidad, y otra carta, dirigida a su hijo Daniel cuando contrajo nupcias. Lo que dice de su Josefina adorada es grandioso. Pero el amor a la mujer amada no está exento de egoísmo y egoísticamente nos confiesa que "el amor a mujer se eleva sobre todos los demás amores". No así el cariño que brota de su alma paternal y se desborda por los cauces de la maravillosa adopción en espíritu y en materia por la felicidad de su hijo adoptado en dramáticas circunstancias. Fue cuando el estadista mexicano, en unión de su esposa, venía de Ginebra. De repente, don Isidro observó desde la ventanilla del tren en que viajaba, estacionado en la frontera francoespañola, cómo falanges humanas se movían por tierras de Francia. Eran españoles

que huían de la persecución española. Con el corazón desgarrado don Isidro se bajó del tren y, usando de sus prerrogativas, atravesó el andén. No pudo quedar impasible ante el trágico espectáculo —¡ay de los vencidos!— urdido en tierras de España. Como no le fue posible adoptar aquella multitud (a la cual bien pronto México abriría sus brazos), se acercó a dos niños macilentos, descalzos, en harapos envueltos, que ya extenuados iban arrastrándose en la corriente humana. Uno iba cargado encima de otro, eran huérfanos de padre y madre vilmente asesinados. Marchaban sin saber adonde ni del porqué de tan tremendo destino, que por una fatalidad don Isidro debía desviar. Los trajo a México y los adoptó como hijos de él y de su esposa. Quince años después, en el casamiento de Daniel, el padre adoptivo inmortalizó el acto con una carta leída ante el millar de invitados, que parecían oír religiosamente como se oye una cantata de Bach tocada sobre las cuerdas de un gran corazón. Corazón tan íntimamente enraizado en la paternidad adoptiva que cuando Daniel accidentó en la carretera de Querétaro, el padre no ahorró medio alguno para salvarlo. No cabe duda, nos decía hace poco cuando iba a visitarlo en el Sanatorio, que uno llega a encariñarse con los hijos adoptivos como si fueran sangre de la propia sangre.

* * *

Como hombre cumplido y responsable ante lo que es humano y divino, consciente de nuestra trayectoria limitada en el tiempo y en el espacio del planeta que habitamos, don Isidro que conoce el derecho de vivir y el deber de morir se va preparando, desde hace tiempo, al buen morir, al inevitable *venit hora*, que él no llama ni apresura. Pero deja abierta esa puerta misteriosa que suele ser puerta sublimada en la antesala de la Eternidad; puerta conducente a la vida transfigurada, libre de vanidades. Por eso legó ya a su pueblo amado también sus bienes materiales: propiedades, obras de arte, una biblioteca de inmenso valor, el archivo personal como fuente de estudio e investigación, y mucho más.

Y mientras piensa, escribe, entregado a múltiples quehaceres, y labra la grandeza de la patria, ordena sus memorias y sigue administrando la vida, que es engendro de muerte paulatinamente consumada. Y como católico, piensa naturalmente en el poder triun-

fal que eleva el alma por encima de la mísera corporeidad, también en su milagrosa belleza, en su caridad angelical.

Un bel morir tutta la vita onora.

DIPLOMACIA REVOLUCIONARIA DE ISIDRO FABELA

Su obra trascendente surge y se ilumina con la Revolución Mexicana, la primera revolución socialmente enfocada en la trayectoria política de nuestro siglo transformador. Con los principios básicos de esta revolución, precursora de todas las revoluciones sucesivas, precursora y genuinamente autóctona, generada en la tradición histórica de Hidalgo, Morelos y Benito Juárez, don Isidro se afirma cívicamente, y como faro de esperanza a los navegantes en mar bravío, comienza a irradiar sus luces en la escuela, de maestro, en el Parlamento, como legislador, y en la Cancillería que dirige en tiempos de borrasca. Sus ideales internacionalistas, sin contaminaciones exóticas ni aberraciones doctrinarias, los defiende y propaga en el curso de sus actividades diplomáticas de ambos Hemisferios. A veces tócale intercalarlos con el complejo ideario de la Revolución y enfrentarse a dos campos de batalla: al del enemigo interno, porfiado y recalcitrante, y, al mismo tiempo, contra las potencias extranjeras, obstinadas en perpetuar la vigencia de un México desamparado, oprimido y pobre. Así se templea en la lucha y galvaniza siempre más su férrea atadura a la patria geopolíticamente colocada en permanente estado defensivo. Parecería como si el designio de toda su vida fuera el de

¡tousjours en vedette!

bélica precaución de Federico el Grande. Quizá por eso se había cautivado la admiración por parte de sus colegas de países ideológicamente hermanados que aprecian a don Isidro como exponente de la nación vanguardista latinoamericana, de la nación *leader* en principios emancipadores, de la nación mantenedora de equilibrios político-sociales entre las corrientes pugna de ambas Américas. En las conferencias internacionales del Viejo y Nuevo Mundo, don Isidro fue siempre el amigo leal, el colega afectuoso, el embajador

de confianza de sus compañeros diplomáticos. El escritor argentino Manuel Ugarte, ligado a la Revolución Mexicana desde 1911, pronunció una vez al respecto estas palabras significativas "Isidro Fabela, iluminado de patrio amor, es nuestro ángel custodio. Con cada acto que realiza construye el "edificio de la patria grande" (don Manuel unió teóricamente en un libro denominado "LA PATRIA GRANDE" a todos los pueblos hispanoamericanos). Todos los que nos concentramos con el pensamiento y la acción en el porvenir de nuestra América; los que estudiamos los problemas de la comunidad latinoamericana, agitándolos aún a costa de represalias, le debemos mucho a don Isidro, que fue y sigue siendo nuestro consejero prudente, nuestra inspiración libertadora, nuestro maestro ejemplar. Es todo nuestro, hecho de un solo tronco que nos indica el camino hacia la comunidad auténticamente americana de nuestra patria común que se extiende desde el Río Bravo hasta la Antártida, de cuya patria pudiera ser digno Canciller de proporciones continentales. Manuel Ugarte descubría un lejano paralelismo histórico entre la diplomacia de Benjamín Franklin, embajador de la buena fe, de la confianza y del saber, en plena revolución norteamericana, del siglo XVIII y la misión diplomática de Isidro Fabela durante la revolución carrancista. Uno y otro se habían dirigido a Europa para negociar el reconocimiento de sus respectivos estados en formación. Ambos habían cifrado sus esperanzas en Francia. Pero mientras Franklin llegó a París protegido por su amigo Voltaire y admirado por todo el esplendor enciclopédico de la época, frecuentando la Corte de Versalles y entreteniéndose con los reyes de Francia, de los cuales obtuviera ayuda económica y militar, asegurando así la apetecida colaboración de un aliado poderoso contra su madre patria, Isidro Fabela fue recibido hostilmente por el gobierno de la República Francesa. Es que la Revolución carrancista trastornaba los planes coloniales europeos en Latinoamérica. Además, Francia había extendido entonces a México su odio contra Alemania, porque México se había inclinado, durante la primera conflagración mundial, con sus simpatías hacia el enemigo más temido de la Casa Blanca, que fue la Alemania Kaiseriana, porque la Casa Blanca había intervenido en los asuntos internos de México, vendiendo armas a los enemigos de la Revolución carrancista. Con razón solía decir don Venustiano Carranza que para realizar los anhelos de la política mexicana y servir de valladar a los demás

pueblos de América hispana, México necesitaría poseer las flotas de la Gran Bretaña y de Norteamérica mancomunadas. Otra analogía entre las misiones de Franklin y Fabela pudiéramos ver en el hecho que la Francia de Luis XV veía con agrado la separación de las trece colonias de Inglaterra pero sin que ello representara demasiado poderío para la nueva nación americana. Así también las potencias extranjeras del siglo XIX deseaban seguir usufructuando los beneficios económicos de México, sin reconocer sus derechos a la soberanía nacional, por temor que el ejemplo revolucionario mexicano de hondas raíces sociales pudiera cundir y contaminar a los pueblos de la tierra.

Las armas de Isidro Fabela eran complejas y más temidas que las armas de fuego, porque con pleno dominio de la ley, con la lógica inflexible de un temperamento combativo y con el carácter templado en rudos combates, Isidro Fabela tuvo que pelear diplomáticamente con un mundo adverso al derecho de vivir de la nación mexicana.

POLÍTICA HUMANISTA

Contrariamente a la lucha por el poder de las grandes potencias mundiales, don Isidro ejerció una política de paz al servicio de México y de lo que México representa para la Humanidad. Por doquier por donde haya pasado ha encendido el amor por nuestros ideales con frescas armonías y palabras de oro. Con antorchas iluminadas de pensamientos humanistas llevaba los mensajes de confraternidad mexicana a muchas cancillerías, para anunciar, durante la revolución, la caducidad de un régimen y el advenimiento de otro, más humano, porque generado en las entrañas de un pueblo sufriente que se había levantado en armas contra la opresión nacional y extranjera. Desde entonces trascendió su nombre y quedó ligado para siempre a la historia de nuestro siglo. Y si sus propios paisanos esperan ver la pátina del tiempo para reconocer su obra duradera, el Rey de los Reyes, el monarca de un país en donde aún resuena el idioma plasmado de divinidad por la boca de Jesucristo, quiso llegar, y llegó personalmente desde Africa a la Casa del Risco en San Angel, para agradecer emotivamente al intrépido defensor mexicano de la soberanía africana, su oportuna actitud

en Ginebra. Acontecimiento único en la historia diplomática mexicana, siempre solidaria con los agredidos en defensa de sus derechos. ¿Qué otro servidor de México podrá recibir semejante satisfacción sino Isidro Fabela?, cuya vida coronada de triunfos y apuntalada de espinas se formó en un mundo contrario a la liberación del pueblo mexicano, mundo hostil a la emancipación social de la clase trabajadora, mundo renuente a cada tentativa de independencia económica y social. Su amor a las causas nobles lo elevó a la categoría de paladín de los exiliados políticos acogidos en el seno mexicano, patria tutelar de todo latinoamericano conciente de su misión. El doctor y licenciado don Isidro Fabela obró así sabiendo que el hombre llegó a la tierra como un refugiado que se asila y es expulsado del paraíso terrestre. Como refugiado huye de la intemperie, de la plaga, del hambre, del peligro de sus semejantes, de la persecución racial, política o religiosa. Sólo donde el refugiado se establece y se consolida de generación en generación, y funda su orden legal en consonancia con el orden existente, y forma su hogar, su municipio, su Estado, es cuando él y los suyos comienzan a sentir el patrio calor. Los próceres de nuestras (de las de Latinoamérica) patrias, los que pudieron huir del fusilamiento y de la decapitación, fueron condenados al ostracismo, como en la antigua Grecia. Los primeros cristianos buscaron refugio por doquier. Los grandes hombres fueron cautivos o refugiados, como lo fueron Dante y Cervantes. Cautivo y horrendamente torturado fue el Salvador de la Humanidad cristiana, que inició su vida terrenal con la huida a Egipto de José y María, para escapar a la venganza de Herodes. La mayoría de los habitantes de nuestro Continente americano, proceden de migraciones compuestas por seres perseguidos tiránica y fanáticamente. También la población autóctona de América solía huir de una a otra latitud geográfica en épocas precolombinas. De esta manera, los refugiados representan el fundamento biológico de nuestra sociedad americana.

* * *

Radicado en el corazón de su pueblo, perpetuado en el calendario de las glorias nacionales, le tocó el raro privilegio de estar siempre presente al llamado de la patria, defensora de otras patrias, sin retroceder ante el más fuerte en astucia y brutalidad. Con

su amor a México trocó su vida en canto de amor a todos los pueblos subyugados. Y enarbolando en Ginebra el pendón juarecista del respeto al derecho ajeno denunció con palabras candentes la guerra civil española desencadenada por un general español y patrocinada por Hitler y Mussolini; rechazó el macabro negocio barajado bajo apariencia neutralista entre uno y otro grupo de gobiernos en pugna, y proclamó la inviolabilidad territorial y el respeto incondicionado a la soberanía de la República Española. Al mismo tiempo advertía a los estadistas de las grandes potencias "democráticas" el peligro que a ellos mismos amenazaba, por desunidos y desorientados, por dejarse arrastrar en el torbellino de bélicas locuras. Ahí en Ginebra, respaldado por el general don Lázaro Cárdenas, estigmatiza la invasión de Abisinia por parte del Duce de la Ruina; arroja sus anatemas contra el Fuehrer germanicida, verdugo de su patria austriaca, asaltante de Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria, etc. Asimismo condena la puñalada traperera de la Unión Soviética infligida a Polonia en complicidad con el Reich hitleriano. Abogado prócer de su propio país, debía de serlo también de cualquier otro pueblo angustiado de la Tierra, convencido que *ufficium advocati nobile est, laudabile et honorabile*. Estar siempre presente y responder una vez al llamado de Francisco Madero y otras veces a los de Venustiano Carranza y Lázaro Cárdenas y de Manuel Avila Camacho y acudir adonde fuera preciso en plan de lucha, ese fue y seguirá siendo el destino manifiesto de don Isidro hasta el último hábito de su azarosa vida limpia y fecunda.